

EDITORIAL

*«Ante un nuevo reto,
nuevas respuestas a la llamada»*

El Sínodo sobre la Nueva Evangelización nos abre caminos para volver a los inicios y plantearnos la situación de nuestros contemporáneos en lo que se refiere a la fe cristiana. Y no nos referimos al continuo abandono de nuestros jóvenes tras la primera comunión, ni a la escasez de grupos parroquiales comprometidos desde su fe en acciones en favor de los más desfavorecidos. El caso es más grave: parece haber un rechazo interior a que se les identifique como creyentes, y eso no sólo entre los más jóvenes. Lo que era señal y rasgo identificativo en la sociedad de cristiandad se ha convertido casi en un estigma. ¿Qué ha ocurrido? Es posible que no hayamos ido al compás de los tiempos y nos hayamos fiado de las costumbres cristianas más sociales que arraigadas en una fe-experiencia y que nos llevan a una pregunta: ¿cómo hemos acompañado a los creyentes en su evolución ante un tiempo que está en continuo cambio?

La antigua Europa creyente y evangelizadora se ha transformado en la Europa de la increencia, en la de los gestos que tienden a negar los fundamentos de su identidad, que parece no sentirse orgullosa de su labor de liberación del hombre de la esclavitud material, gracias a su ética y bases cristianas, y se torna en defensora de otra esclavitud no por nueva menos opresora: la de lo que está bien o mal visto, de lo que hace que seas persona de este siglo o alguien estancado en el pasado. La postmodernidad nos trajo el sentido de lo inmediato, la realidad del fragmento, la provisionalidad en el ser. El «pensamiento débil» de Vattimo se ha convertido como en el santo y seña de una sociedad en total crisis. Crisis que tiene su origen no tanto en la falta de medios económicos, cuanto en los «valores» que escasean en el mundo y provocan el egoísmo que lleva a crear crisis económicas y a no tener en cuenta el bien de todos.

Una nueva evangelización ha de tener como objetivo recuperar el sentido de comunidad humana solidaria para descubrir el mayor grado de solidaridad que es el amor al hermano, la «cáritas» en su sentido de reflejo del amor de Dios a través de sus hijos en el vivir cotidiano. Recuperar los valores de misericordia, de sintonía real con el pobre y necesitado de amor o de alimento material, el sentido de la vida como saber hacia dónde vamos y lo que llena nuestro corazón, a veces vacío, insensible, sin más afán que «tener», dejando a un lado la entidad, el «ser», que proporciona «identidad».

A lo largo de este número queremos profundizar en lo que ha sido el desarrollo del Sínodo para que nos comprometa a llevar a cabo la dinámica de salvación que Cristo ofrece en su Evangelio, «Buena Noticia» que recupera al hombre tal como Dios lo quiere: feliz, dinámico, generoso, abierto a la escucha, consciente de su poder y de su debilidad, pero siempre confiando en que su fuerza «proviene de Dios y no de los hombres». Así se muestra la realidad nueva. ¡Ojalá que los trabajos que vienen a continuación nos animen a llevar a cabo, con el mismo sentir de los primeros evangelizadores, esta Nueva Evangelización, como si la Palabra se predicara y se escuchara totalmente nueva en nuestro continente y en el resto del mundo!

A modo de auténtico editorial ofrecemos a los lectores el primer artículo, sobre las ideas que marcaron la preparación del Sínodo en los «Lineamenta» y en el *Instrumentum laboris*.